

## **Encontré todo cuando encontré a Cristo**

*Anthony Pezzotta*

Cuando estudiaba teología en Inglaterra, comencé a tener serias dudas acerca de algunas doctrinas de mi iglesia, las que encontraba difíciles de reconciliar con las Escrituras. Estas dudas siguieron preocupándome aún después de mi ordenación, pero luchaba por suavizarlas sumergiéndome en mis estudios y enseñando algunas asignaturas. Mi agenda era tan apretada que me quedaba poco tiempo para la investigación o la oración.

Después de diez años de ese trabajo duro, tuve que volver a mi hogar en Italia para pasar un año de descanso y recuperación. Pero entonces resurgieron las dudas y aumentaron en número, lo mismo que mi determinación por encontrar soluciones satisfactorias a las doctrinas que afligían mi espíritu. Leí incesantemente y medité profundamente las palabras de nuestros grandes teólogos, pero todas mis dudas persistían.

### **De los libros al Libro**

Al volver a Filipenses recuerdo haber dejado de lado todos mis libros de teología, decidido a enfocar toda mi atención en El Libro, la Palabra de Dios, especialmente el Nuevo Testamento. La Biblia se convirtió en mi única fuente de sabiduría para los propósitos prácticos, predicar, enseñar, meditar y leer. En un tiempo relativamente corto, mis dudas comenzaron a desaparecer, una a una se fueron aclarando al estudiar las Escrituras.

### **Comienza mi calvario**

A fines de enero de 1974, estaba en Santa Cruz, al sur de Manila, donde se acababa de levantar una atractiva Iglesia Bautista Conservadora. Nunca había estado en una iglesia protestante, de manera que un día entré silenciosamente al santuario para echar una mirada. Casi inmediatamente fui recibido por un amigable creyente cristiano que insistió en presentarme al pastor, Ernesto Montalegre, un maravilloso hombre de Dios.

Conversamos alrededor de dos horas, yo hacía todo cuanto podía para convertirlo en un buen católico, él respondía tranquilamente a todas mis preguntas. Por supuesto, no logré convertirlo al catolicismo, pero él tampoco me convirtió al protestantismo. Sin embargo, muchas de sus respuestas me sacudieron con fuerza, al punto que al final de las dos horas me fui con más dudas en mi corazón. Desde ese día en adelante, comenzó para mí un período de calvario, un tiempo de noches desveladas, lacerante indecisión y una aterradora falta de coraje para profesar la verdad de las Escrituras. Gradualmente comencé a ver en qué consistía la Verdad, pero no sabía qué debía hacer –hasta la noche del 20 de febrero de 1974.

## La noche de la gracia de Dios

Esa noche estaba solo en mi habitación y por primera vez en mi vida oré realmente. Le pedí a Cristo que se hiciera cargo porque yo no sabía qué hacer. Me sentí el peor de los pecadores. Pero ¿qué clase de pecador?, se preguntarán. Bueno, para ser verdaderamente honesto, nunca había fumando, ni bebido bebidas alcohólicas fuertes, ni roto mis votos de castidad durante todos los años de mi sacerdocio activo. No tenía ningún informe negativo en mis antecedentes. Pero estaba orgulloso de mis realizaciones como sacerdote parroquial. En realidad, mi pecado era mi orgullo. Era mi orgullo lo que intentaba impedir que Cristo entrara en mi vida, a causa de lo que podría pensar o decir mi obispo. Me preguntaba constantemente: "Si aceptas a Cristo como salvador, ¿qué dirán tus superiores? ¿qué pensarán tus colegas, o tus alumnos? Ellos te aprecian, ¿cómo puedes traicionarlos?" Carecía del coraje para ser honesto con esas personas, la estima de los hombres significaba más para mí que el amor por la Verdad. Pero entonces, mientras oraba, mis ojos dieron con el siguiente texto en el Evangelio de Juan: "*Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga*" (Juan 12:42).

Aquellas últimas palabras penetraron mi corazón como una espada de dos filos, pero también me llenaron de fuerza y coraje. Había sido liberado. Esa noche dormí sin el dolor ni la lacerante indecisión de las terribles semanas anteriores. La mañana siguiente cuando me desperté, vino a mi mente la figura del amable pastor bautista. Me vestí apresuradamente y me fui hasta su iglesia donde conversamos durante un tiempo. Acepté gustoso algunos tratados y folletos. Luego, al irme, me volví y pregunté: "En el caso de que deje mi iglesia, ¿puedo venir aquí? ¿Me aceptarán?" Sonriendo dijo: "Tenemos una habitación aquí y los creyentes cuidarán de usted".

## Vence la Verdad

Me llevó cinco días de oración y más lectura antes de que me rindiera ante la gracia de Dios. Luego, el 26 de febrero, acepté a Cristo como mi Señor y Salvador personal. Le pedí que tomara la dirección de mi vida, porque estaba dejando todo atrás: mi automóvil, mi biblioteca, todas mis posesiones. Escribí una carta de renuncia al obispo y me fui a vivir con mis nuevos amigos espirituales en Santa Cruz.

El 3 de marzo a las 11.00 de la mañana confesé públicamente mi fe evangélica y fui bautizado en el río Santa Cruz que corre detrás de la iglesia. Lo importante es que desde el día en que acepté a Cristo hasta este mismo momento no he tenido ni un segundo de remordimiento, nostalgia o añoranza de mi vida anterior. Fui literalmente llenado de gozo y conocí una libertad de la duda más allá de toda descripción. Recuerdo que un sacerdote que me visitó unos días después me preguntó: "Tony, ¿cómo te atreviste a tomar semejante decisión en sólo cinco días? ¿Has dejado la Iglesia Católica, veinte siglos de cultura, papas, santos, todo lo que has aprendido y amado durante tanto tiempo?" Le di la respuesta que salió de mi corazón: "No creo haber dejado nada; más bien encontré todo cuando encontré a Cristo".

Si usted cree que es salvo por su fe en Cristo, y acepta su Palabra como máxima autoridad, no es un católico romano, sino un protestante, aunque no le guste el término protestante. La salvación por fe y la sola autoridad de las Escrituras son la base misma de la fe bíblica, contra la salvación por obras y sacramentos y la autoridad de la tradición católica.

En conclusión, me gustaría que supieran cuántos católicos simplemente tienen una atadura sentimental a su iglesia, a la que han sido entrenados a llamar "Santa Madre Iglesia". Esta expresión común refleja su idea de que creen que deben su vida espiritual a la iglesia, porque ella los hizo creyentes por medio del bautismo y los mantiene espiritualmente vivos por medio de los otros sacramentos. Bíblicamente, no es la iglesia la que nos hace, sino que nosotros los creyentes hacemos la iglesia. Y como es por gracia mediante la fe que nos convertimos en piedras vivas de su Iglesia, Cristo es el verdadero Edificador. Con la sola autoridad de la Biblia ¡debemos creer solamente en Él!

Traducido por Dante Rosso